

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DE LOS LICEOS,

y de la formacion de uno en Cádiz (1).

HACE poco mas de un mes, que en un número de nuestro periódico hablamos acerca de la formacion de un Liceo artístico y literario en esta ciudad, lamentándonos de la apatía que mostraba la juventud para llevarle á cabo, y esponiendo lo útil y aun necesario que se hace, en una capital tan culta como Cádiz, la instalacion de un instituto de esta especie, cuya mision es propagar las luces, aumentar la civilizacion, y recrear los ánimos de los continuos afanes que ocasiona esta vida llena de pesares y de dolores.—Este plan que algunos jóvenes demasiado celosos han procurado conducir á su término, fomentando, por medio de la persuasion y del ejemplo, el entusiasmo de los demas, no se encuentra hoy muy distante de verse realizado, para gloria de los que con una asiduidad inmensa, no han perdonado fatiga alguna, con el fin de dar complemento á esta obra tan laudable como necesaria. La formacion de un Liceo en Cádiz no es ya,

pues, un plan vano y descabellado, cuya realizacion parecia imposible; es sí una esperanza que en breve se verá cumplida. ¡Llor á los que trabajan constantemente en llevarla á cabo!

La juventud gaditana necesita del estímulo para adelantar en su carrera literaria, porque el estímulo es el mejor incentivo que puede haber para ella: y si éste falta, si cada uno á sus solas, sin un guía, sin comunicar á los demas sus buenas ó malas producciones, se crée un Séneca, porque no tiene quien le obligue á esforzarse en la carrera de los adelantos, ¿no resultará un mal á la sociedad entera, no se rebajarán las glorias, que de otra suerte pudieran dar á la nacion algun dia, y no se perderán en fin las brillantes disposiciones de algunos que tanto pro-

(1) Tenemos un placer en poner nuestro periódico á disposicion de los señores que se ocupan en la formacion del Liceo artístico y literario gaditano, para que sirva de intérprete con el público acerca de los adelantos que estos hicieren.

meten, y que pueden morir en la oscuridad que los rodea? Los griegos nos dieron el ejemplo con sus Liceos, con sus Academias, y con sus Gimnasios, de lo útil que es el estímulo para el adelanto de los jóvenes. En ellos enseñaba Sócrates, el divino Sócrates, á Jenofonte y á Platon: con este último nació la *antigua Academia*, al paso que Ceno con poca diferencia enseñaba los mismos principios, dando á su secta el nombre de estoica; mientras Aristóteles difundía su sistema peripatético, y Epicuro la filosofía que tomó su nombre. Cada uno de estos filósofos tenía un sitio destinado para enseñar á sus discípulos, ora en deliciosos jardines, ora en paseos solitarios, á la márgen de algun rio, ora en los pórticos, y á estos lugares de instrucción y de recreo, donde el alma gozaba de la armonía de la naturaleza, al par que se esforzaba la mente para comprender sus misterios, se les dieron, como ya hemos dicho, los nombres de Liceos, Academias y Gimnasios; nombres que han llegado hasta nosotros, al traves de los siglos y de las generaciones, como un talisman destinado á levantar la cultura en nuestro siglo y á difundir las luces, á imitacion de aquellos grandes filósofos que los crearon.

En todos tiempos el estímulo ha producido su efecto, y ha dado sazonados frutos. Cuando despues de la invasion de los bárbaros del norte, de aquellos hombres que abandonaron su patria para lanzarse sobre la culta Grecia, y sobre la opu-

lenta Roma, señora entónces del universo, como un leon se abalanza á su presa, destruyendo cuanto bueno y grande habia creado el genio y la instruccion de los unos y el gusto esquisito de los otros, cuando despues de esta época de tinieblas y de desolacion, en que parecia que se habia hundido en el polvo la grandeza de las naciones que eran antes tan opulentas, y que la tierra se habia tragado hasta los últimos vestigios del gusto y del saber, una nueva antorcha empezó á lanzar sus destellos en la época llamada del renacimiento, despues de un siglo de oscuridad; las artes, las ciencias y la literatura volvieron á dar nuevas señales de vida. En esta época, ¿cuál fué el agente poderoso de los adelantos y de la civilizacion que empezó á difundirse por la parte meridional de la Europa? ¿A quién se debe que la literatura, y particularmente la poesía se volviesen á levantar del polvo en que yacian para hacer vibrar las cuerdas de las liras de tantos vates como empezaron á brillar? Responda Tolosa con sus trovadores y con sus juegos florales: responda Aviñon con sus córtes de amor, y Cataluña y Aragon con sus consistorios.

Éstos, á imitacion de los Liceos que formaron los filósofos de la Grecia, eran unos lugares donde se reunian los sabios y los poetas; donde cada cual leia sus producciones, recibiendo la mejor un premio establecido, y donde el músico con su voz melodiosa ó con su bien templado instrumento cantaba himnos

al bello sexo, que componia una parte predilecta de estas lizas donde imperaba el estímulo, y el deseo de conseguir el premio. La *Provenza*, en fin, se convirtió en una escuela de poesía, y los cantos de los trovadores, resonando en los últimos confines de esta provincia, y pasando á las naciones limítrofes, volvieron á despertar el buen gusto que la irrupcion de los godos, suevos, alanos y ostrogodos habia sepultado en el olvido. Por esta ligera reseña se puede calcular muy bien la utilidad de estos establecimientos artísticos y literarios, que siguiendo el ejemplo de los griegos vemos levantarse continuamente en todas las capitales de Europa. Madrid se gloria de poseer un crecido número de Academias y Liceos, donde se agolpa la juventud á quemar incienso en las aras de la ilustracion, del mismo modo que los gentiles tributaban oraciones á sus Dioses. El Ateneo, el Liceo, la Academia Española, la de la Historia, el Instituto Español, y otros mil, son hoy el ornamento de la capital de España, que en me-

dio de una lucha cruel parece olvidar sus males al entregarse al estudio y á los puros deleites que proporciona. En las provincias se han levantado tambien Liceos; y Barcelona, Sevilla, Valencia, Murcia y Granada atestiguan con la verdad la utilidad de estos establecimientos. Erijase, pues, en Cádiz un Liceo, que no será ciertamente de los ménos brillantes de España, y que sea éste un templo donde brille la hermosura de las jóvenes que á él concurren á rendir homenajes á las ciencias y á las artes, y donde puedan el poeta, el pintor, el músico, todos los artistas en fin, conocerse y apreciarse, y marchar ayudados del estímulo por la carrera de los adelantados al templo de la inmortalidad.

Dichoso yo si en medio de los distinguidos nombres que se ocupan en el adelanto de la literatura, y en la formacion de un establecimiento tan útil como necesario, pudiese escuchar el mio, oscuro y olvidado como mercede.

MANUEL CAÑETE.

ANACREÓNTICA.

Al Sérida.

Y tú quieres que escriba
En tu presencia versos?
Pues es en tu presencia
Imposible, mi dueño:

Sí; tanto influjo tienen
Tus graciosos ojuelos,
Y tus pequeños labios
Donde en grato embeleso

Libé el sabroso néctar,
 Siendo á mis venas fuego:
 Sí; tanto hacen tus dulces
 Mejillas, y el deseo
 Que al ver los blancos globos
 Ondular en tu seno
 Despiertas en el mio
 Por tí rendido y tierno:
 Esa cándida frente
 Donde el casto reflejo
 De la modesta Luna
 Ha erigido su imperio:
 Esa hermosa mejilla
 Y aqueso erguido cuello,
 Y el candor que platea
 Tus facciones de cielo,
 Hacen sentir al alma,
 Hacen gozar al cuerpo
 Placeres misteriosos

Con que late mi pecho...
 ¡Y tú quieres que escriba
 En tu presencia versos!
 No, hermosa, en tu presencia
 Las glorias aborrezco,
 Y los brillantes tronos,
 Y la poesía detesto:
 Que no hay gloria mas bella
 Que la gloria que veo
 En tus divinos ojos;
 Ni trono cual tu seno,
 Flérída de mi vida,
 Ni mas cadente metro
 Que el murmullo que hace
 Tu dulcísimo beso.

Diciembre de 1839.

F. DE U.

Siestas de S. Pedro en Roma.

El Pontífice, con una rica mitra en la cabeza, túnico de cola larga sujeto á la cintura, capa bordada y sostenida en los hombros por un corchete de oro llamado *pectoral*, adornado de piedras preciosas, cuyo valor sube á mas de 50000 escudos; asiste el 28 de Junio á la celebracion de las vísperas de S. Pedro en la iglesia de este nombre.

Varios eunucos con otros chantres de voz fuerte y sonora entonan antífonas, himnos y salmos, que como todos saben, constituyen aquel divino oficio.

Al concluirse las vísperas, el cardenal camarlengo quita la mitra á

su Santidad, y le pone una de las tiaras que se conservan en la sacristía secreta.

En seguida se procede á la ceremonia de la presentacion de la *hacanea*, que el rey de España envia todos los años al Papa con cierta cantidad de dinero en señal de fidelidad y obediencia. El embajador de España la presenta seguido de una ilustre y numerosa cabalgada, compuesta de eclesiásticos y seculares, y de la guardia pontifical que le acompaña hasta la Basílica de S. Pedro.

El orden de la procesion es el siguiente:

Abre la marcha el *Bergolo* de

Roma á caballo, vestido á la romana, llevando al cuello una cadena de oro, de la que pende una medalla con el busto de Inocencio XII.

Tras él vienen:

1.º Una compañía de guardias de corps del Papa, pero sin lanzas ni otras armas de las que llevan cuando le acompañan.

2.º Multitud de caballeros romanos de dos en dos.

3.º Doce tambores con su gefe á la cabeza, llevando las cajas cubiertas de una tela de seda, en la que se ven bordadas las armas de España y las del embajador.

4.º Seis trompeteros á caballo.

5.º Varios nobles montados en hacacas españolas ricamente enjaezadas.

6.º Dos tambores de la guardia suiza, precedidos de dos pifanos.

7.º Dos trompeteros á caballo.

8.º El capitán de la guardia suiza vestido á la romana, también á caballo, á la cabeza de una guardia de infantería suiza.

9.º El escudero de S. E. que lleva una bolsa, la cual contiene 12000 ducados de oro.

10.º La hacanea, ricamente equipada, con la brida, silla y caparazon cubiertos de piedras preciosas, y con una especie de vaso de plata sujeto á la silla, en el cual va una cédula de 6000 ducados. Este vaso tiene en relieve las armas del Papa, y lo sostiene el segundo palafrenero del embajador: el primero conduce á la hacanea.

11.º S. E. vestido á la española, con la orden del toison de oro al cuello.

12.º Dos caballos con las manos vistosamente enjaezadas.

13.º Veinticuatro sacerdotes de dos en dos.

14.º Seis carrozas por último, con seis caballos cada una, mas ocho con dos, todas vacías.

El embajador se acerca al Pontífice, se arrodilla para besarle los pies, al mismo tiempo que la hacanea, situada al lado izquierdo, dobla á una señal las rodillas delanteras.

Al terminar esta ceremonia, celébrase la corte de los tributos en la Cámara apostólica, donde aquellos que tienen bienes raíces, ó sus diputados, pagan todos los años en semejante dia sus rentas honorarias, llamadas *censi*. Esta corte se compone del cardenal camarlengo, que preside en calidad de *tesorero*, de un dean de la Cámara, y de varios prelados con hábitos de color violeta y púrpura, de algunos clérigos, de un comisario, de un notario de la Cámara &c.: todos están sentados segun su categoria, y la mayor parte tienen un ramo de flores en la mano. El tesorero da principio á la ceremonia entregando á cada prelado una medalla pontifical de oro ó plata envuelta en un papel: en seguida llama el notario por sus nombres á los propietarios de bienes eclesiásticos. Estos ó sus diputados van dejando el tributo en una gran mesa, el cual consiste ya en un pedazo de plata, ya en un pan de cera &c.: y otro notario escribe su nombre y la palabra *solvit* debajo, despues de pronunciarlos en alta voz. Los habi-

tantes de Roma celebran este dia con luminarias y otras fiestas: innumerables flameros adornan las columnas del pórtico de la fachada de S. Pedro, las cornizas y ventanas de su cúpula. En el castillo de S. Angelo se queman varios barriles de pez y vistosas girándulas, cuyas llamas y cohetes dan á aquel sitio un aspecto risueño y encantador. Des-

pues de la media noche repican estrepitosamente todas las campanas de la poblacion: por todas partes se despiden fuegos artificiales: los cañones de la plaza comienzan á hacer sus descargas, y las ventanas de los cardenales, sacerdotes, principes y órdenes religiosas, están iluminadas.

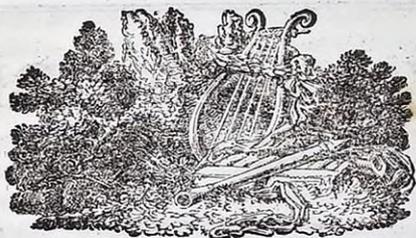
(Se continuará.)

El amor es el ídolo del templo de la naturaleza.

El amor es un afecto universal é irresistible; causa primera de nuestra existencia, y principio único de nuestro apego á la vida. Todas las acciones heroicas y magnánimas, todas las acciones benéficas y sublimes, en suma, todas las acciones generosas y laudables emanan de este sentimiento delicioso, inuato en nuestro corazon. Nace el hombre, hechura del amor conyugal, y recibe las primeras caricias del amor materno, cuyo dulce ejemplo le inspira las hechiceras primicias del amor filial. En su tierna infancia empieza tambien á ser acariciado por el amor paterno, y llegado á la puericia le halagan los inocentes encantos del amor fraternal. La edad de

la adolescencia desarrolla sus facultades físicas é intelectuales, y semejante á la luz de una antorcha que á medida que crece va extendiendo en rededor sus reflejos, el corazon del hombre de bien, ensanchando progresivamente el círculo de amor que le formó su familia, ama á los que conoce, ama la virtud, la religion, su patria, la gloria, la perfeccion... á cuya sazón la naturaleza pródiga le hace el último presente inspirándole la pasión amorosa. El amor es, pues, el solo vínculo que estrecha íntimamente á los hombres en sociedad, al cual debe ésta principalmente su origen y su conservacion.

T.



EL ECO DEL ARPA.

Es del cielo tal vez esa armonía
Que en las alas del viento llega á mí,
O es un suspiro tierno de MARIA
Que presta al alma su dulzura aquí?

¿No la escuchais tal vez? — Vago sonido
Mas grato que el perfume de una flor
Por el céfiro blando conducido
Viene á templar mi sin igual dolor.

¿Quién entrega á los aires ese acento
Mas puro que la aurora y su arbol?
¿Quién llega á salutar con sentimiento
La pronta ausencia del hermoso Sol?

¿Es suspiro de amor, ó es un gemido
Que lanza triste la inocente allí,
Acaso nuncio de cercano olvido,
Quizá presagio de amoroso sí?

¿Es del aura que juega entre las flores
La voz que siento al corazón llegar
Incensada de dulcillos olores
Que tal vez le prestara el azahar,

O es el coro de arcángeles que suena
Con tan rica armonía en su mansion,
Ofreciendo á mi mente de la pena
Apartarla una vez con la ilusión?

¡Ay! que ese canto perdido
Entre el aura cariñoso
No es de amor blando gemido,
No es recuerdo dolorido
De una bella candorosa.

Ese canto que derrama
Por los aires su armonía
Y así mis venas inflama,
Avivando antigua llama
Que en mi pecho se adormia,

No es la voz del ruiseñor
Que jugando entre las flores
Por decirles su dolor
Va cantando sus amores
Al objeto de su amor.

No es el aura que suspira
De la selva en la espesura,
Ni es mi mente que delira
Por finjirse la ventura
Que el eco blando le inspira.

Que ese canto delicado
Es del arpa sonora
El acento regalado,
A los vientos entregado
Por la mano de mi hermosa.

Y ora sean vibraciones
De la lira soberana
Del cantor de las naciones,
Ora lance dulces sonos
Cuando nazca la mañana,

Siempre es puro, cual la rosa
Que se ostenta en el verjel,
Y galana y pudorosa
Rompe el broche candorosa
Para morir luego en él.

Que es del arpa delicada
El eco dulce y sentido,
Por el aura perfumada
Tiernamente repetido
Con el nombre de mi amada.

Pulsa, pues, Armida mía,
El arpa blanda y sonora:
Da á los vientos su armonía,
Que es mas grata que la aurora
Cuando las flores rocia.

Cádiz y Febrero 28 de 1840.

MANUEL CAÑETE.

D. MARTIN DE FREYTAS.

Novela histórica.

(Conclusion.)

No bien habia corrido algunas leguas, cuando no pudiendo resistir su impaciencia, y viendo que el resto de los cazadores no podian seguirle á causa de la inferioridad de sus caballos, soltó las riendas al suyo diciéndoles: «señores, nos veremos en Santaren.»

Llegó la noche, y D. Sancho no disminuyó por eso la velocidad de su carrera, que por el contrario iba tomando un carácter mas sombrío y fantástico. En la especie de estupor que le atormentaba le parecia que los árboles que circundaban el camino eran otras tantas fantasmas que salian del centro de la tierra y le acompañaban en su expedicion; finalmente á los primeros rayos de la Luna descubrió los campanarios de Santaren; habia corrido en el espacio de seis horas el camino de un dia.

No bien, llegó á la habitacion de María se apeó del caballo y se dirigió por una pequeña puerta por donde acostumbraba á entrar. Llegado que hubo á la puerta se detuvo un momento para respirar, escuchando por ver si distinguia algun ruido que justificase sus temores. Todo yacía en silencio. D. Sancho se adelantó.

Al llegar al jardin tendió maquinalmente la vista sobre un césped de jazmines y granados, que era el lugar privilegiado de María, y le pareció distinguirla sentada en aquel césped, como la habia visto muchas veces; dirigió sus pasos hácia aquel sitio, pero á medida que se aproximaba la vision iba desapareciendo. Llegó al césped, y lo que imaginaba una figura humana se disipó como la niebla, y creyó percibir un gemido que le hizo temblar; pero mirando en derredor suyo, y no viendo mas que un ligero vapor que flotaba rozando por la tierra como los pliegues de un vestido, subió las gradas de la escalera, el vapor iba delante de él y como enseñándole el camino. D. Sancho se detuvo á la puerta sin atreverse á traspasar el dintel, y escuchó un nuevo gemido. Se adelantó hácia ella y creyó sentir en su rostro la frescura de una cabellera empapada en rocío, pero fué tan rápida aquella impresion que no le dejó tiempo para cerciorarse de si era ficcion ó efectiva realidad; el vapor se deslizó sobre los enlosados, atravesando siempre por las puertas que estaban entreabiertas, y dirigiéndose hácia la habitacion de María. D. Sancho seguía

entamente á su extraño conduc- sus rodillas temblaban, y un sus- ceficio y abundante cubria sus sie- llegó á la habitacion, se detuvo entrada, y el vapor se disipó andose entre las cortinas del le- D. Sancho permaneció inmó- aliento y paseando alterna- mente sus miradas del uno al extremo de la habitacion débil- mente alumbrada por una lámpara guardia colocada á los pies de una Madona. Viendo que todo estaba tranquilo y que todas las cosas se hallaban en su lugar, se adelantó al reteniendo su respiracion y tratando de percibir el suave y ligero suspiro de María. D. Sancho recorrió las cortinas: María estaba acostada, se inclinó hácia ella, no percibió su aliento, puso sus labios sobre los de María, estaban helados; levantó con violencia el lienzo que la cubria, y el lecho estaba manchado de sangre. D. Sancho arrojó un grito, se adelantó hácia la Madona, y á la luz de la lámpara que la iluminaba, vió que habia sido asesinada durante su sueño. Las dos predicciones de la jóven se habian verificado.

D. Sancho llamó á su socorro á las doncellas de María; pero todo fue inútil, ya no respiraba: habia sido asesinada por un tan diestro asesino que no le habia asestado mas que un golpe, pero tan terrible que no habia exhalado el mas mínimo grito, puesto que las doncellas que permanecian en la inmediata habitacion no habian oido nada.

El rey pasó toda la noche al la-

do del cadáver de su amor, revolviendo en su mente proyectos de venganzas, tanto mas terribles cuanto que presumia quién era la causa de aquella desgracia, aun cuando ignoraba el nombre del asesino. Al nacer el dia llegaron los que habian quedado en el monte escoltando el cadáver de D. Hernando. D. Sancho hizo colocar á los dos hermanos en unas andas, y poniéndose á la cabeza de su pequeña tropa tomó el camino de Lisboa.

Llegó á las puertas de la ciudad y las encontró cerradas, dió la vuelta por su circunferencia, tocó su bocina y nadie le respondió. La ciudad parecia muerta ó encantada sin duda.

D. Sancho estaba solo y no podia hacer nada: resolvió dirigirse á Coimbra y volver al frente de su guarnicion; hizolo así, y llegó al dia siguiente por la mañana. Las puertas de Coimbra estaban cerradas como las de Lisboa.

Setúval era la única esperanza de D. Sancho. Atravesó el Zercro, el Tajo y el Zatas, y al cabo de tres dias dió vista á Setúval. Aquella ciudad estaba cerrada como Coimbra y Lisboa.

La prediccion del arzobispo de Évora se habia cumplido, y el rey habia ya visto lo que tanta curiosidad le causó.

Durante aquellos diferentes viajes su escolta habia disminuido progresivamente. En Coimbra no le quedaban mas que diez hombres, en Setúval tres, y en las fronteras de España estaba solo, y viéndose abandonado de todo el mundo se retiró

á Toledo, donde fué amparado por el rey de Castilla. Solo le habia permanecido fiel en su reino el Sr. D. Martin de Freytas, gobernador de la ciudadela de la Horta: por desgracia D. Sancho no se habia acordado de él.

Y sin embargo, D. Martin habia mandado cerrar las puertas de su castillo, y habia hecho doblar las centinelas.

IV.

Cuando D. Alfonso III tuvo noticias de que todo el Portugal excepto el gobernador del castillo de la Horta le habia reconocido como soberano, mandó á D. Manrique de Carvajal al frente de 4000 hombres para que le redujese á su obediencia.

D. Martin por su parte no se habia descuidado en tomar sus medidas para no encontrarse desprovisto: hizo reunir todos sus vasallos, introdujo en la fortaleza todos los víveres que hubo á las manos, colocó en las murallas todas las máquinas de que se hacía uso en aquella época, y resultó que tenia 200 hombres bajo sus órdenes, víveres para seis meses y municiones para diez asaltos.

Una mañana anunciaron á D. Martin de Freytas que ya se divisaban las tropas de D. Manrique de Carvajal, cuyos pendones ondeaban á merced del viento en la llanura. D. Martin mandó á sus trompeteros que tocasen sus instrumentos lo mas fuerte que pudiesen, y cuyos sonidos fueran los mas alegres que pudieran escoger. El ruido que armaron fué

tan grande que llegó á oídos de D. Manrique que se hallaba en la orilla opuesta del Mondego, el que dirigiéndose al conde Rodrigo que le acompañaba le dijo: «Por mi fé que hay funcion en el castillo de la Horta.»

Llegó la noche y D. Manrique se detuvo á distancia de tres tiros de fusil de los muros de la fortaleza, y despachó un heraldo para que comunicára á D. Martin de Freytas que reconociese á D. Alfonso III por rey de Portugal, y pusiera en su poder las llaves de la ciudadela. D. Martin de Freytas le contestó que no reconocia por rey á D. Alfonso III, y que con respecto á las llaves solo las entregaria en manos de D. Sancho.

D. Manrique hizo alto á vista de las murallas de la Horta, y envió segunda vez al heraldo con el mismo mensaje, el que no tardó en volver con la misma respuesta.

Aquel dia se pasó observándose mutuamente los sitiados y sitiadores, y al siguiente apenas empezaba el Sol á dora: las agujas de las torres del castillo, cuando se presentó á sus puertas por tercera vez el heraldo del mensaje. D. Martin de Freytas le contestó en los mismos términos que lo habia hecho las dos veces anteriores.

En su consecuencia D. Manrique de Carvajal se preparó para dar el asalto, y D. Martin para recibirlo; los dos eran reputados por sabios y valientes capitanes; así es que pusieron cuanto estuvo de su parte para el éxito feliz de su empresa.

Se emprendió, pues, el asalto, a-

terrible, encarnizado, sangrien-
 Despues de doce horas de com-
 cuerpo á cuerpo, despues de
 estrechado las torres con los
 brazos que querian rendir-
 despues de haber llegado has-
 almenas de las murallas, D.
 Manrique de Carvajal se vió en la
 prevision de retirarse perdiendo mas
 200 hombres que hallaron su
 parte en los fosos de la fortaleza.
 Cuatro asaltos se dieron todavia
 encarnizados y tan inútiles como
 primero. D. Manrique de Carvajal
 habia perdido 1000 de sus mas
 valientes soldados, y desesperado del
 éxito de los demas asaltos que em-
 prendiese, trató de sitiar por ham-
 bre á los refugiados en la fortaleza
 que no podia tomarla á viva fuer-
 za, y de esta manera convirtió en
 bloqueo el sitio que con tan malos
 auspicios habia empezado.
 Desde aquel momento D. Man-
 rique cortó todas las comunicacio-
 nes, y el castillo de la Horta per-
 maneció separado del resto del mun-
 do é incomunicado por una impe-
 netrable línea. D. Martin sufrió el
 bloqueo los cuatro primeros meses
 manifestar inquietud alguna; pe-
 ro viendo que su enemigo permane-
 cía en inaccion y que ni asaltaba ni
 abandonaba el sitio, y viendo que las
 provisiones de sus almacenes no al-
 canzaban mas que para dos meses,
 se fijó en la necesidad de poner su
 parte á media ración, y gracias á
 aquella medida pudo convertir en
 cuatro los dos meses para que tenia
 de alimento.

D. Manrique permaneció en el

mismo estado; D. Martin pasados
 otros dos meses tuvo que reducir las
 raciones, y ya no le quedaban espe-
 ranzas de poder disminuirlas mas,
 puesto que cada soldado no recibia
 sino lo necesario para no morir de
 hambre.

Las angustias aumentaban de dia
 en dia; débiles y flacos los sitiados
 apenas podian sostener el peso de
 sus armas. No eran hombres, eran
 fantasmas; y si D. Manrique hubie-
 ra temido la prevision de asaltar por
 sexta vez la fortaleza, ciertamente
 que hubiera puesto á buen recaudo
 á los partidarios de D. Sancho; pero
 le parecia mas acertado hacerlos mo-
 rir de hambre: era mas largo el blo-
 queo, es cierto, pero la empresa era
 mucho mas segura.

D. Martin de Freytas estaba des-
 desesperado, y por mas que calculaba
 no hallaba medio alguno para salir
 de aquel apuro, y ya no podia soste-
 nerse por mas tiempo, veia que muy
 presto tendria que rendirse. Su exis-
 tencia no podia ya prolongarse, ya
 no contaba mas que por dias; y muy
 pronto llegó el momento de no con-
 tar el tiempo mas que por horas.

Llegó por fin aquel momento, y
 despues de haberse comido los sol-
 dados hasta las hojas de los árboles,
 llegó un dia en que no tenian ab-
 solutamente de que echar mano, y
 tuvieron que ayunar; ninguno se
 quejó de aquella desgracia, porque
 todos habian visto que hacía 48 ho-
 ras que su gefe no habia probado ni
 aun agua.

La noche de aquel dia se pasó co-
 mo mejor se pudo, y al dia siguien-

te un milagro era la única esperanza de D. Martin; era un anciano caballero bastante crédulo y religioso, se dirigió á la capilla para rogar á Dios que se condoliese de su estado, y le suplicó que recordase que dos veces habia estado en Tierra Santa y habia blandido su tizona en contra de los enemigos de la religion y no habia exigido remuneracion alguna, pero en aquellos momentos eran tan alarmantes las circunstancias, que se veia en la dura precision de recordar sus servicios y pedir en premio de ellos la vida de los valientes que le acompañaban en su desgracia.

Despues de haber orado salió de la capilla lleno su corazon de esperanza, dirigió sus miradas en torno suyo y vió un águila real que descendia del cielo, se encaminaba hácia el rio, luchó algun tiempo en su superficie, y á los pocos instantes volvió á elevar su vuelo llevando entre sus garras una robusta baila (1); el águila dirigió su vuelo hácia el castillo de la Horta, y no bien se halló sobre él cuando soltando la presa que conducia, la dejó caer á los pies de D. Martin.

D. Martin no pudo ménos de calificar de milagro aquel inesperado accidente; hizo sazonar la baila lo mejor que pudo, colocóla despues en un azafate de plata y la remitió á D. Manrique de Carvajal, acompañándole una carta en la que le decia que no podia ménos de estar conolido por las privaciones que le veia

esperimentar en un bloqueo, cuya duracion era tanta y en el que solo las vacas y los carneros habian sido su único alimento; por lo que le rogaba que aceptase aquel presente de su reservatorio, que tenia el honor de remitirle con el objeto de que variase en sus comidas.

D. Manrique no creyó que unas gentes que hacian semejantes regalos á sus enemigos no podian ménos de vivir en la abundancia, y que era perder el tiempo el tratar de rendirlos por hambre: en su consecuencia levantó el sitio en el mismo dia, declarando solemnemente como rebeldes al nuevo rey á todos los que mantuviesen relaciones con D. Martin de Freytas ó con algunos de sus soldados. Aquella declaracion se publicó al son de trompeta y clarín en las villas y ciudades comarcanas.

Al dia siguiente ya habian desaparecido los sitiadores: todavia era tiempo; un dia mas de detencion, y todos los sitiados hubieran percido.

D. Martin de Freytas no habia hecho mas que cambiar de enemigos, porque las ciudades comarcanas, asustadas por la amenaza de D. Manrique, trataban como Parias á D. Martin y á sus soldados, los que se vieron obligados á ejercitarse en la caza y pesca para vivir, porque nadie queria venderles ni carne, ni pescado.

Al cabo de un año de aislamiento en aquella especie de cordon sanitario, aquella valerosa guarnicion que habia resistido seis asaltos y soportado diez meses de hambre, quedó reducida á causa de la desercion

(1) Lo mismo que *trucha*.

veinte hombres poco mas ó ménos. Los que permanecieron eran pascuderos descendientes de la nobleza, y que tentan á menguar donar á su gefe; sin embargo, tambien les llegó su turno, y desahados, como los que ántes desahados, tuvieron una junta, de la que se decidió enviar uno de ellos á D. Martin de Freytas con el siguiente mensaje:

Vengo, Sr. D. Martin de Freytas, á suplicaros respetuosamente de parte de mis compañeros que tomeis en consideracion la desnudez que los oprime y la miseria que los oprime. — ¿Y de qué se quejan? contestó D. Martin.

—Se quejan, señor, respondió el enviado, de verse cual si fueran villanos en la precision de pescar y cazar para sustentarse; se quejan de permanecer en la oscuridad y el olvido miéntras otros que valen mucho ménos que ellos, tanto en nobleza como en valor, son en la corte llamados de honores y privilegios.

—Decid á los que os envian, le contestó el de Freytas, que la caza y la pesca son ocupaciones de un rey y no destinos de villanos, y que en prueba de esta verdad consideren que nuestro rey D. Sancho, que Dios conserve, ha perdido su corona por haber cazado mas de lo regular. Añade, que lejos de permanecer oscuros y olvidados, el nombre del último de mis pajes es al presente mas conocido en todo el Portugal que el del primer cortesano de la corte de D. Alfonso, y que en vez de los honores que lisonjean á los señores de

la corte, les queda el que inmortalicen á los leales las páginas de la historia.

El mensajero marchó hácia los que le habian enviado, y les repitió punto por punto las palabras de su gefe, cuyas expresiones les hicieron desistir de su propósito de abandonarle.

Un año trascurrió todavía, á fin del cual un enviado del rey D. Alfonso dió vista á las murallas del castillo de la Horta. Venia á poner en conocimiento de D. Martin de Freytas, de parte del rey D. Alfonso, que ya podia entregar las llaves de la fortaleza, puesto que el rey D. Sancho habia fallecido en Toledo.

—Enviadme un salvoconducto, respondió D. Martin.

Quince dias despues el enviado llegó con el pasaporte que le demandaba.

D. Martin encargó la custodia del castillo á su antiguo escudero, vistió su mas bien templada armadura, ciñó su fortisima espada, tomó en la mano su lanza, montó sobre su caballo de guerra, y tomó sin detenerse un momento el camino de Toledo. La primera diligencia que evacuó al entrar en la ciudad fué ver al justicia mayor, al que preguntó:

— ¿Es cierto que el rey D. Sancho ha fallecido?

— Es cierto, le respondió.

— ¿Y dónde está sepultado?

— En la iglesia de los Menores.

D. Martin se dirigió á la iglesia de los Menores.

— ¿Es cierto, dijo al sacristan, que el cuerpo del rey D. Sancho está se-

pultado en esta iglesia?

—Es cierto, contestó el sacristan.

—¿Cuál es su sepulcro?

—Este.

—Alzad la piedra que lo cubre.

El sacristan levantó la piedra: D. Martin reconoció al rey.

Se arrodilló, se puso á orar algun tiempo por la salud de su alma, se levantó y puso en manos del rey las llaves del castillo.

—Señor y rey, le dijo, aquí tienes las llaves de tu castillo de la Horta que he guardado fielmente durante tu vida, y que fielmente pongo en tus manos despues de tu muerte. He cumplido mi juramento. Duerme en paz, señor y rey, y pide por mí al Señor.

Despues mandó que cerráran el sepulcro, partió para Lisboa, y se hizo anunciar al rey D. Alfonso III.

El rey tenia curiosidad de conocer á un hombre de tan extraordinario carácter, y le hizo entrar en

la sala del consejo que en aquella ocasion estaba presidiendo.

—Señor, le dijo D. Martin de Freytas, podeis al presente enviar cuatro mujeres armadas con ruecas, para que se hagan dueñas del castillo de la Horta, que en vano trató de rendir D. Manrique de Carvajal al frente de 4000 mil lanzas.

—Juradme fidelidad cual la jurasteis á mi hermano, valeroso D. Martin, y no solo os conferiré el gobierno de la fortaleza, sino que os daré la propiedad de ella juntamente con las tierras que la circundan.

—Gracias, señor, respondió D. Martin exhalaando un suspiro. He pronunciado un solo juramento, y me ha costado bastante caro.—

Seis años despues murió D. Martin de Freytas, monje y en opinion de Santo, en el convento de RR. PP. Franciscos de Setúval.

ABEN-FARAX.

Sevilla.

VARIEDADES.

Diz que el Carnaval es la pascua del diablo, y que por eso nos *tienta*. En verdad sea dicho, no parece sino que tratamos de imitar al diablo, porque aquel es el verbo favorito que por activa y por pasiva se conjuga en Carnaval, aunque por cortedad callaré el nombre del paraje en que se hace un uso harto frecuente de sus modos, tiempos, números y personas.

Yo, que tambien tengo mi pare-

cer, como cada hijo de vecino, diré valiéndome de una estupenda metáfora, que el Carnaval es la casa-puerta de la Cuaresma, y que para subir una escalera estrecha de 46 pasos ó escalones que conduce á la Pascua florida, por otro nombre de los borreguitos; para subir como si dijéramos á la torre del edificio cuaresmal, es casi indispensablemente necesario que el recuerdo de bulliciosas diversiones nos consuelen en

monótona y larga tirada, que con
sea dicho, solo está sazónada
los flatulentos potajes.

tan amigo de las felices tran-
siciones, que viene aquí como de
hacer sabedor al público au-
de la apertura de un alma-
de menestras que por mayor y
hánme asegurado va á tener
en la oficina del teatro, en
á precios equitativos se ven-
garbanzos de todos calibres,
de todas menas, albejones de
tamaños y arroz de todas di-
visiones, de la asombrosa cosecha
como por encanto se ha cogido
en la escena durante la representa-
ción de las funciones de las tres no-
ches del Carnaval. Esta copiosa co-
secha es sin contradicción un resul-
tado del adelanto social, porque ya
hemos alcanzado á saber que la gra-
ya y los anises pringan los dedos y
que á nadie absolutamente aprove-
chan; al paso que las menestras pue-
den aprovecharse, aunque no sea
mas que descalabrando al paso á al-
gun actor ó espectador.

Éste aquí lógicamente en el ter-
reno de los donativos de Carnaval,
y por consiguiente precisado á ha-
lar del diluvio que por duplicado
caen de las nubes y balcones en estos
tempestuosos y turbulentos dias. Con
parece que las nubes habian
pacto con el prójimo feme-
na para rociar á mansalva al otro
aventurado prójimo; pero como
que de la observacion resulte
siempre algo curioso, si no útil, no
debe quien viera realizado entre nu-
los balcones aquello de *aguar el*

agua de nuestro célebre D. Juan de
Hoz en *El Castigo de la Miseria*.
pues el agua dulce de las nubes caia
á cables, que no á hilos, mezclada
con el agua salobre de los balcones.

Los bailes de máscaras han sido
numerosos, y los mas han estado bas-
tante concurridos, especialmente la
tercera noche. El del Teatro en esta
última *velada* fué mas bien un baile
de etiqueta que de máscaras, aten-
dida la circunspeccion que reinaba
en él, y el lujo asiático que osten-
taban las señoras, casi todas de se-
rio; cuya seriedad en el vestir con-
tagió á la seriedad en el hablar, y
ésta á la seriedad en el andar; de
forma que unidas estas seriedades á
la seriedad en el no bailar, aquel
numeroso concurso mereció todos los
nombres posibles ménos el de *baile*
y mucho ménos de *máscaras*.

No así ciertamente los de los ca-
féés del Correo y Nacional, donde
todo era *animacion*, todo algazara,
todo guirigay, todo *vida*. No pudimos
ménos de hacer una observacion so-
brado curiosa, y fué al ver las innu-
merables *beatas* que por dó quiera
estrechaban las distancias, las cuales
por una de las indefinibles anom-
alias que se palpan en el siglo de
las luces, van vestidas de *profanas*
al templo, y de *beatas* al baile.

Está ya tan trillado el camino
descriptivo de un baile de máscaras,
y es tan poco lo que se puede aña-
dir á lo mucho que otros muchos
han dicho, que nos creemos dispen-
sados de entrar en mas pormenores;
bastándonos para dar fin á esta in-
digesta reseña, copiar á continuacion

dos juguetes epigramáticos, por si se dignase leerlos el pío lector. Dicen así:

Eres, Lisis, candorosa,
Pues con sola una mirada
De rosicler veo pintada
Al punto tu cara hermosa.
Eres prudente, discreta,
Dulce, tímida, amorosa;
Mas ... te vuelves licenciosa
En poniéndote careta.

¿Es creíble no te asombre
Ni te aturda el guirigay
Que en este caos, Fabio, hay,
Tan solo baile en el nombre?—
Calla, que en la confusión
Busco á mi Dorila bella,
Porque para merecilla
Feliz es esta ocasión.

El domingo de Piñata, este apéndice á los tres tomos del Carnaval, ha sido muy fecundo en máscaras. Los bailes han estado por consiguiente muy favorecidos, y solo se ha diferenciado este día de los demás en una primorosa araña de flores contrahechas que se rifó en el Café Nacional; y en que los confiteros vendieron mas dulces que nuestras, huevos y papas los almaceneros.

D. LESMES.

LA DESPEDIDA.

Tenemos entendido que mañana salen de esta ciudad para la de Granada las partes principales de la Compañía dramática. Nosotros que somos españoles por todos cuatro costados, y que tenemos un placer en elogiar el mérito, mayormente si éste se encuentra en actores españoles, no podemos prescindir de manifestar nuestro sentimiento por la ausencia de unos actores, que si bien han tenido en esta ciudad la mas benévola acogida, han correspondido por su parte á hacerse dignos de ella. No será muy fácil en nuestro concepto ver reemplazada nuestra escena con actores que tanto simpaticeen con el público de

Cádiz, como han tenido la suerte de simpatizar la Sra. Baus, el Sr. Tamayo, los Sres. Arjonas, &c.; pero el principal vacío que presentimos hemos de tener, es la ausencia de la bella, de la distinguida y sensible artista que tantos aplausos ha arrancado á los espectadores. Nos consuela la idea de que acaso no será la última vez que venga á embellecer nuestra escena, como asimismo estamos persuadidos de que llevará de este pueblo una dulce memoria. Descamos á dichos actores toda suerte de prosperidades, y que jamás olviden que Cádiz es respecto de otras muchas ciudades el primer templo de la amistad. — Los EDITORES.

INDICE. — De los Liceos, y de la formación de uno en Cádiz. — Anaereóntica. *A Florida*. — Fiestas de S. Pedro en Roma. — Artículo sobre el *Amor*. — El eco del arpa; *poesía*. — D. Martin de Freytas, *novela histórica*; *conclusion*. — Variedades. — La despedida.

[IMPRESA Y LIBRERÍA DE FÉROS.]